



## La herencia de un santo

Covadonga O'Shea

Periodista y escritora

Pronto me di cuenta, cuando conocí a Mons. Escrivá de Balaguer, que estaba delante de un santo. A su lado todo era tan sencillo, que al sentarme a escribir vienen a mi memoria una serie de anécdotas que pueden parecer sin importancia, pero que a mí me han hecho descubrir facetas destacadas de la personalidad de aquel hombre, elegido por Dios con una misión decisiva para el mundo, que llevó a cabo con un tono amable y simpático, tan atractivo, que puede ser una de las claves por las que ese legado recibido del cielo haya calado tan a fondo en muchos miles de personas de polo a polo de la tierra.

A partir del 2 de octubre de 1928, fecha de la fundación del Opus Dei, el beato Josemaría Escrivá enseñó lo que Dios le había hecho ver: que se habían abierto los caminos divinos de la tierra; que todos los cristianos estamos llamados a la santidad; que cada uno en su sitio, en medio del mundo debe convertir su vocación humana en vocación divina. Ése fue el mensaje que transmitió sin cansarse a lo largo de sus 73 años de vida y que resonó, hasta hacerse vida y fecundidad, en los cinco continentes. *Todas las profesiones honradas* –repetía– *han de ser lugar de encuentro con Dios*, era uno de los ritornellos de su predicación. Todas, incluso la tan temible y tantas veces poco valorada del periodismo, añadido yo.

El Fundador del Opus Dei que, además de tener una misión divina entre las manos, y quizás por esa razón, estaba dotado de unas cualidades humanas muy por encima de la media, comprendió la trascendencia humana y cristiana del trabajo de los profesionales de la opinión pública. No en vano fue, durante un tiempo, profesor de Ética de la vieja Escuela de Periodismo de Madrid. Es muy posible que intuyera, con la fuerza de la experiencia, la necesidad de inculcar un especial sentido de respon-

sabilidad a quienes nos dedicamos a estas tareas. Siempre positivo, radicalmente optimista, marcaba a estos profesionales como pauta de actuación el empeño por ahogar el mal en abundancia de bien. Dejaba muy claro que las polémicas, la agresión y la violencia no son buenas armas ni para vencer ni para convencer. Estas ideas y su proximidad a nuestro trabajo tienen mucho que ver con uno de mis primeros encuentros con el beato Josemaría.

Era el mes de septiembre de 1963. Por motivos profesionales tuve que hacer una escala de varias horas en Roma, en un vuelo de Atenas a Madrid, y pedí una entrevista con el Fundador de la Obra al que, gentes del mundo entero, en cuanto lo conocíamos, llamábamos Padre. Yo era entonces subdirectora de Telva, una revista recién nacida. Tenía unos pocos años más que aquella publicación: por dejar las cosas claras, unos treinta menos que hoy. Es decir, era lo menos representativo del entorno periodístico en aquel momento.

Había ido a Grecia para asistir como enviada especial a la boda del rey Constantino con la princesa Ana María de Dinamarca. Soy consciente de que no se trataba de un congreso de teología ni tan siquiera de metafísica. Era simplemente un acontecimiento social. Sin embargo Mons. Escrivá me recibió a los diez minutos de llegar a la sede central del Opus Dei, me preguntó con enorme interés por el viaje y enseguida trascendió el tema concreto para ir a la raíz de lo que con tanto empeño nos inculcó: *¿Has trabajado mucho?*, me preguntó. *Seguro que lo has hecho muy bien, lo mejor que sabías*. Lo importante para él no era el qué sino el cómo. Había que realizar el trabajo, el que fuera, intelectual o manual de más o menos categoría, con ilusión, con empeño, con sentido de responsabilidad, rematado hasta el final. Y aprovechó la ocasión para remachar su pensamiento. Me dijo que los periodistas debíamos utilizar la pluma –hoy diría el ordenador– para

iluminar el mundo con la verdad, para tratar de hacer el bien a la familia y a la sociedad. Comentó con pena que le producía tristeza comprobar que tantas veces ocurre lo contrario, que hay quienes utilizan su talento para quitar la fama a personas o instituciones.

Años después, en marzo de 1971, también en Roma, de paso hacia Milán, volví a saludar al Padre. Siempre se interesaba por mi quehacer. Le conté que iba a visitar las editoriales Rizzoli y Mondadori. Una vez más, con su talante abierto, dedicó una serie de elogios a la calidad profesional de estas empresas insistiendo, una vez más, en la enorme influencia que ejercen los medios de opinión pública. En un momento de entusiasmo, al escuchar la convicción de sus palabras, le pregunté cómo pensaba que yo podría lograr una mayor proyección, en ese sentido, desde mi trabajo. La respuesta fue inmediata y tajante sin dejarme el menor resquicio para la duda: *Con libertad*, y siguió: *Yo no puedo, ni quiero meterme en tu tarea ni en la forma de hacerla. Además no te daría un buen consejo porque no entiendo de esos temas.*

Eran dos rasgos muy destacados en él: el amor al trabajo bien hecho y una defensa apasionada de la libertad. Junto a ellos, y envolviéndolos, el buen humor y un sentido común aplastante.

En marzo de 1973 vi por última vez en Roma al beato Josemaría. Pocos meses antes había recorrido España en dos meses de catequesis intensiva. Si tuviese que entresacar los asuntos que trató en las reuniones que tuvo con más de cien mil personas de toda edad y profesión, destacaría su amor a la Iglesia, al Papa, a los obispos y, casi en paralelo, su gran preocupación por la mujer, por lo que entraña para la familia, núcleo vital para la sociedad. Aquella mañana romana volvió a hablarme de los mismos temas.

Le dolían las consecuencias que preveía en una situación que empezaba a ser caótica. Después de hacer una serie de consideraciones profundas y certeras me dijo: *Hija mía, de todo esto, si quieres, toma unas cuantas notas, dale vueltas a estas ideas y un día que estés de buen humor escribe sobre ello.* (En su tono de voz se traslucía que entendía hasta qué punto podían aburrirme las tesis de un feminismo extremo que se imponía en aquellos años). Como me insistió en que debía ser valiente y decir las cosas claras debió pensar que iba a necesitar una ayuda extraordinaria.

*¿Quieres una reliquia de Santa Catalina de Siena?* me preguntó. Yo sabía que el Fundador de la Obra tenía predilección por esa doctora de la Iglesia a la que llamaba *«la gran murmuradora»* porque decía las verdades del barquero tanto al Papa como al Emperador, siempre con respeto pero con la verdad por delante.

Rápidamente contesté que por supuesto la quería, aunque no sospechaba qué iba a hacer yo con aquel regalo insólito. Ante mi asombro el Padre llamó de inmediato por teléfono para hacer el encargo. A quien se lo dijo le explicó: *vete al Vicariato de Roma, pide una reliquia y cuando la tengas compra un relicario femenino que es para una hija mía.* Cuando me la entregó, dos días después, me repitió: *acude a esta santa para que te ayude a tener la lengua bien suelta, como ella, en defensa de la verdad.* Podría seguir recordando otros muchos detalles, muy normales, muy sencillos de la vida del Fundador de la Obra. He recordado algunos que a mí me dejaron patentes rasgos fundamentales de su vida y de su enseñanza: el amor a todo tipo de trabajo, su buen humor, su amor a la verdad y a la libertad. No en vano repitió muchas veces que era lo que quería dejar en herencia en lo humano a hombres y mujeres de cualquier edad, raza y condición social.

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.